

El Fascismo: la violencia del Capital

Samuel Rosado Zaidi

“... va desprendiéndose de una partícula tras otra de la estructura de su mundo anterior y los estremecimientos de este mundo se anuncian solamente por medio de síntomas aislados; la frivolidad y el tedio que se apoderan de lo existente y el vago presentimiento de lo desconocido son los signos premonitorios de que algo otro se avecina. Estos paulatinos desprendimientos que no alteran la fisionomía del todo, se ven bruscamente interrumpidos por la aurora que de pronto ilumina como un rayo la imagen del mundo nuevo.”

-Hegel (1978)

El fascismo aparece en la conciencia colectiva como el resultado de una lucha entre potencias imperiales, aislada, simple y estática. Como si su finalidad hubiese llegado a su fin y su proceso sólo estuviese contenido en un momento específico de la historia. Incluso se proyecta como si emanara de un grupo de personas o encarnara en un solo individuo a saber, Adolfo Hitler o Benito Mussolini. La interpretación histórica vulgar restringe y limita las cualidades del fascismo como movimiento y como proceso social, a una respuesta “autoritaria”, “dictatorial” y “nacionalista” del Estado que cumple ciertas características taxonómicas y que puede ser equiparado con otros regímenes gubernamentales en el espectro de “derecha-izquierda”. Dicho análisis, que no va más allá del formalismo, parte de una sociedad civil ya dada y de una forma de organización política abstracta y no ve que a éstas precede una forma específica de sociedad y cooperación de un ser genérico que produce su realidad en sí y para sí.

No es el régimen político-gubernamental el que determina la forma de producir sino la forma de producir, el modo de producción, el que determina el régimen político más adecuado para la distribución en y de la producción total. En pocas palabras, el fascismo es una determinación del modo de producción, es una adecuación política a los requerimientos del capitalismo. Es una forma particular de acumulación de capital que se posibilita a través del Estado y que, a su vez, se encubre en éste, se esconde a plena vista.

Lo que caracteriza al fascismo tanto en el discurso histórico formalista como en su esencia es la violencia. Toda transformación deliberada de la materia, de subjetivación de un objeto, es un acto de violencia, de violentar la materia, cambiarla para un fin. No obstante, la única manera de cambiar una materia que resiste, no sólo física pero socialmente, es violentando su $\sigma\tilde{\omega}\mu\alpha$, sus propiedades corpóreas, tanto de una cosa como de un cuerpo social. Se violenta el contenido material y el sentido, la orientación de una práctica específica. La cosa cuyas propiedades corpóreas responden de suyo a la actividad del ser humano pone una resistencia que pertenece a la cosa en cuanto cosa con cualidades. Por otro lado, el ser humano, sujeto con voluntad y que se relaciona con otros sujetos, responde activamente a la violencia, tanto a la destrucción de él mismo como cuerpo como a la del cuerpo social del que forma parte. “La violencia está, por consiguiente, tanto en el sujeto como en el objeto, y acompaña tanto a la praxis como a la antipraxis, tanto a la actividad que tiende a subvertir el orden establecido como a la que pugna por conservarlo. (Sanchez, 1980).

Para Engels (1986) el triunfo de la violencia depende de condiciones previas reales, de herramientas que, a su vez, dependen del grado de desarrollo de la producción general. El desarrollo de las fuerzas productivas determina el grado de violencia que

puede ejercerse sobre los objetos o sujetos, “lo que quiere decir que la violencia es determinada por la situación económica, que es la que le suministra los medios para armarse y recibir sus herramientas”. Si como dice Engels en respuesta a Düring, la violencia sólo es el medio y el beneficio económico el fin, entonces la violencia del fascismo en nada alteró los fundamentos de la acumulación de capital, la producción de plusvalor, el trabajo asalariado, la explotación del hombre por el hombre, o la producción de mercancías. Pero el fascismo sí alteró algo y se manifestó en el plano de la apariencia, primero, de forma política y, posteriormente, en una guerra que violentó en sus entrañas a las “antipraxis” capitalistas, tanto en su cuerpo objetivo como subjetivo.¹ El genocidio en el que más de seis millones de judíos europeos fueron asesinados en campos de exterminio es una ilustración de la violencia ejercida tanto sobre el cuerpo comunitario como sobre los cuerpos físicos de cada individuo.

Pero ¿Cómo obtuvieron los fascistas las herramientas, los medios para ejercer violencia? ¿Contra qué reaccionaba el fascismo de principios del siglo XX, que materialidad pretendía violentar? Como señala Marx, la riqueza en el modo de producción capitalista aparece como un “gran cúmulo de mercancías”, el contenido material de dichas mercancías son el conjunto de valores de uso. El fascismo requirió un cierto desarrollo de las fuerzas productivas y la producción de valores de uso específicos para la violencia: tanques, armas, submarinos, avionetas, etc. Los productores aislados de esta riqueza están disociados de los valores de uso que produjeron, de la responsabilidad de producir medios para la violencia. El desarrollo de las fuerzas productivas del momento corresponde al desarrollo de la industria del

¹ La revolución rusa, los espartaquistas en la república de Weimar, los partidos comunistas en Europa, la comuna de París. Todas estas experiencias quedaron impregnadas en la memoria del capital como su posible antítesis.

petróleo y de los valores de uso que se elaboran de éste. No es accidental que la Alemania Nazi se desarrollara en ese momento específico de la historia, no es accidental que el grado de violencia de la segunda guerra mundial alcanzara una escala global.

La disociación de los productores aislados con las herramientas usadas por los regímenes fascistas tampoco es accidental. Es una disociación deliberada de la realidad; de quienes produjeron esos artefactos con la responsabilidad de su creación así como de la verdadera finalidad del fascismo. El formalismo histórico pretende explicar el fascismo a partir de esta disociación sin hacerla consciente. Por lo tanto, se manifiesta como un acto gubernamental, una respuesta del aparato estatal y una forma de gobierno, que nada tiene que ver con el capitalismo y con los capitalistas. Por el contrario, el fascismo debe explicarse como una respuesta del capital a una “antipraxis” política que se gestaba en Europa. En palabras de Bambery (2014),

Los nazis y las grandes empresas compartían objetivos. En primer lugar, aprobaban el uso de la represión para aplastar a las organizaciones de la clase obrera y revertir las medidas del estado de bienestar, lo cual les permitiría aumentar la explotación. Además, ambos pretendían aumentar la producción, saquear, conseguir la expansión geográfica y emprender la guerra. La dominación política de los nazis encajaba bien con la dominación constante del gran capital.

El gran capital incluso atentó contra los principios de la democracia burguesa al pactar con Hitler la eliminación del parlamento y el exterminio de los grupos de izquierda a cambio de financiamiento. Entre las empresas alemanas que pactaron desde el ascenso de Hitler destacan BMW, Krupps, IG Farben, Vereinigte Stahlwerke, etc. No obstante, no sólo éstas fueron beneficiadas, toda la industria alemana acumuló cada vez más capital con el programa de rearme de los Nazis (íbid). El

capital, en su carácter internacional, no limitó su participación en su forma y locación en Alemania sino que participaron capitales de otros países, en particular de Estados Unidos. La Ford, General Motors, Standard Oil, IBM, Coca Cola, entre otras, produjeron mercancías como medio de ejercicio de violencia para los Nazis. Aunque la participación de dichas empresas con los Nazis ya es una investigación por sí misma, el propósito de mencionarlos como simples participantes es para explicar el fascismo como una respuesta del capital, más que la respuesta de un grupo o partido político.

El análisis de los regímenes políticos actuales está sujeto a la misma interpretación errada y mistificada de ser únicamente una forma de gobierno autoritaria sin correspondencia alguna con el capitalismo y el mercado internacional. Incluso dentro de la Alemania Nazi se pasan por alto formas de violencia ejercidas por las empresas que posibilitaron el nivel de las fuerzas destructivas alcanzado por los Nazis. La empresa BMW tenía 50,000 trabajadores forzados, entre convictos y prisioneros de los campos de concentración; la empresa IG Farben, ahora Bayer, elaboró, entre otros químicos, el gas Zyklon B con el que se asesinó a los judíos en las cámaras de gas; General Motors y Ford elaboraron los vehículos terrestres y aéreos para los nazis; Standard Oil fue la que proporcionó el combustible para todos estos vehículos (Massey, 2016).

Ninguna de estas empresas, más que IG Farben, fue juzgada, ni aparecen en las explicaciones históricas formalistas de la Segunda Guerra Mundial como responsables. Este comportamiento es similar al que tienen otras empresas en la actualidad y que se ocultan detrás del aparato gubernamental para no aparecer como responsables de los actos de violencia. Es preciso destacar que incluso Bamberg no llega a profundizar sobre la unidad entre los nazis y la clase capitalista.

Aún distingue a cada uno por separado y no como una sola personificación, una sola respuesta en la forma de una “solución” violenta del capital contra su opuesto, las masas organizadas, las masas con voluntad real e irreal de cambio.

Las empresas no sólo proveyeron a los nazis de los medios materiales de los cuales son disociados, sino, como indica Glucksmann (1975), la finalidad política de su cuerpo social como violencia contrarrevolucionaria, una reacción de la burguesía contra su clase antagónica. Además, las mercancías que producen, se orientan a una finalidad y, de hecho, la contienen corpóreamente, es decir, estos no son objetos neutrales; su forma y arreglo material están determinados por su finalidad destructiva. Estos objetos por más que quieran ser utilizados para otra finalidad ya ponen resistencia material a un uso alternativo por sus propiedades corpóreas. En pocas palabras, las fuerzas productivas, espirituales, del ser humano no sólo se usaron para explotar a otro ser humano para producir plusvalía, sino para producir objetos destructivos; materia para destruir materia. Las fuerzas productivas, el conjunto de fuerzas humanas subjetivas y objetivas, resultado objetivo de su mediación con la naturaleza y eterna condición de su supervivencia, se ha transformado en su contrario. Su sentido ya no es producir realidad, materialidad física, social o política, sino destruirla. Por tanto, el capital al reaccionar violentamente contra su antítesis, una clase revolucionaria, produce fuerzas destructivas capaces de destruir toda realidad humana.

Como precisa Hegel (1978), el Estado, objetivado en la forma de gobierno, como personificación de una supuesta “libertad universal”, obra positiva de las revoluciones burguesas, representa la voluntad de una clase, la hace real y manifiesta, pero al hacerlo, excluye a otros individuos y se presenta como la contradicción de esta supuesta “voluntad universal”. Aunque aquí no es

fundamental entrar en la crítica del Estado es importante destacar su análisis sobre el terror. Esta “voluntad universal real” del gobierno entra en contradicción contra aquellos individuos y su “reacción exterior contra esta realidad... consiste en la seca cancelación de [éste], al cual... no se le puede suprimir más que su ser mismo” y, al hacerlo, “cancela en sí toda diferencia y todo subsistir de la diferencia”. En contraste con lo que predicaban los principios de la revolución francesa, “ninguna obra ni acto positivos puede producir la libertad universal; a dicha libertad sólo le resta el obrar negativo; es solamente la furia del desaparecer”. Prescindiendo de una explicación de la libertad absoluta, central en la explicación del obrar negativo, el terror, en este nivel de abstracción, juega un papel en todas las distintas “facciones” y masas espirituales como reconoce Hegel. Es decir, el terror a desaparecer, el terror a morir, es tanto del capital como de las masas oprimidas por éste. No obstante, el que puede actuar y “obrar negativamente” en contra de las masas es aquel que posee las condiciones materiales para destruir más violentamente a los demás, por lo que “su fin [se convierte] en el fin universal, su lenguaje la ley universal y su obra la obra universal”.

El capital concede ciertas conquistas sociales a la clase trabajadora como “diferencias reales”, pero cuando se siente violentado, aterrorizado de su desaparición, actúa frenéticamente cancelando aquellas diferencias con su voluntad. Las masas, compuestas de personas, consciencias individuales, al sentir pavor de “su señor absoluto, de la muerte” se resignan a actuar acorde a “la voluntad universal”. La violencia del fascismo es esencialmente una violencia contrarrevolucionaria que cancela toda voluntad que actúa en contra de la “libertad” del capital, en contra de su voluntad impuesta como voluntad universal. No obstante, pareciera que la relación social del capital es una relación que

únicamente somete con la violencia. Por el contrario, el capital es una relación social que subsume a los “individuos bajo determinadas relaciones de producción” y, por tanto a determinadas relaciones políticas que garantizan la permanencia de esas relaciones (Marx, 1977). Se interpone como mediadora aparentemente inmediata entre la relación entre el hombre y la naturaleza; el ser humano aparece como un individuo desprendido de los lazos naturales, cuando, en realidad, “[que] el hombre viv[a] de la naturaleza significa que la naturaleza es su cuerpo, con el que debe mantenerse en proceso constante, para no morir” (Marx, 1982). El capital se convierte en la forma de relación entre sujetos y la forma de interacción (*stoffwechsel*) con la naturaleza, aunque en esencia es un modo de producción que explota tanto al sujeto como a la naturaleza. La forma de producción capitalista se esconde a plena vista como el único modo de reproducción social humano y lo que aparece en primer plano como fundamental es lo político, la “sociedad civil”, que se “enfrentan al individuo como un simple medio para sus fines privados, como necesidad externa” y no como una forma de cooperación humana enajenada, como conjunto de fuerzas productivas y espirituales del ser humano.

Al ser despojada de sus medios de producción, la clase trabajadora se ve obligada a reproducir su vida individual a través del salario, una fracción determinada del producto social total; se ve obligada a reproducir su vida individual sin nunca saber que sus medios de subsistencia, capturados en la forma de mercancías, son obra de la vida genérica del ser humano. El terror juega un papel importante también aquí; aunque no fuese voluntad expresa de un gobierno, el mercado internacional, el capital, puede someter a la población a través de la adquisición de sus medios de subsistencia. Por tanto, una crisis de subconsumo puede causar terror a la desaparición y su respuesta puede ser diversa. Si existe una disociación de la

consciencia con la realidad, las masas incluso pueden salir a defender al capital como el único sustento de vida. Como describe Reich (1980), “la realidad mostraba que la crisis [de 1929] que de acuerdo con las expectativas debería haber producido una revolución ideológica de las masas hacia la izquierda, había llevado a un desarrollo hacia la extrema derecha en la ideología de las capas proletarizadas de la población”. Fueron estas capas proletarizadas las que permitieron a la reacción política más extrema tomar el poder. Por lo tanto, en el análisis de Reich, el fascismo en la consciencia individual, como reflejo de una consciencia colectiva, no se manifiesta como un movimiento puramente reaccionario, sino “que constituye una amalgama entre emociones rebeldes e ideas sociales reaccionarias” (Reich, 1980). Por el contrario, si existe una respuesta revolucionaria, encaminada a un cambio del modo social de producir, el capital y su forma política, el Estado burgués, reaccionan violentamente, utilizando las fuerzas destructivas a su alcance para eliminar las diferencias y aterrorizar a la población.

Por ejemplo, durante la guerra de Vietnam, el gobierno de los Estados Unidos invadió a dicho país en respuesta a la insurrección “comunista” y, en represalia por la estrategia militar del Vietcong de utilizar la vegetación como camuflaje, roció un químico defoliante llamado Agente Naranja sobre los bosques e incluso poblaciones humanas para eliminarla. El levantamiento contra el capital fue castigado tan severamente que la población y los ecosistemas sufrieron daño permanente. Por un lado, el químico defoliante causó cáncer y problemas congénitos varias generaciones después de haber sido utilizado para aplastar a la insurrección. Por otro lado, dañó de manera permanente al ecosistema que no sólo es cualquier fuerza productiva, medio de trabajo o medio de subsistencia, sino que es el “cuerpo inorgánico” del ser humano con el que éste debe entrar en relación para no morir,

como dice Marx. Este químico como valor de uso es una fuerza destructiva y su uso como fuerza productiva es prácticamente imposible, puesto que su finalidad es la destrucción de la materia natural y la social. Como ilustración de lo anterior, tan sólo durante el decenio de la guerra (1961 a 1971), se rociaron sobre Vietnam más de 70 millones de litros de herbicidas con dioxinas como el ya mencionado. El terror se manifiesta no sólo en la consciencia como el temor a la muerte sino en su “recuerdo” y memoria material, en las deformaciones genéticas y afectaciones fisiológicas de más de 6 millones de personas y en la devastación ambiental de millones de hectáreas de vegetación silvestre [Ilustración 1](Green, 2014).

El genocidio

A raíz del “obrar negativo” de los nazis, de las campañas de exterminio en masa, surgió la necesidad de definir positivamente un “crimen sin nombre”² y dotarlo de figura jurídica. El concepto de genocidio fue definido y denunciado por la convención internacional del 9 de diciembre de 1948 como:

...la destrucción o la persecución de grupos humanos concebidos como entidades nacionales, étnicas, raciales o religiosas.

El crimen puede perpetrarse mediante las actividades siguientes: asesinato de miembros de un grupo, atentado grave a la integridad física o mental de miembros de un grupo, sometimiento intencionado del grupo a condiciones de existencia que habrán de entrañar su destrucción física, total o parcial, medidas tendentes a dificultar los nacimientos en el seno del grupo, o, por último el traslado obligado de los niños de un grupo a otro (Dedijer, 1969).

La violencia ejercida por la “voluntad universal real” del capital para exterminar las diferencias estaría contemplada en esta definición, pero sólo en sí, porque esta última sólo se activa en tanto se sigan los criterios jurídicos de culpabilidad (Kelly,

² Así se expresó Winston Churchill (1941) sobre el exterminio a gran escala de poblaciones rusas perpetrado por los nazis. Irónicamente, los capitales ingleses también habían participaron en el acenso de los nazis y en la producción de herramientas para el exterminio.

2012). No obstante, aunque definido hasta el siglo XX, el exterminio de masas no es algo que se restrinja al capitalismo o al nazismo, ni tampoco a su figura jurídica antes mencionada. Los límites de la violencia genocida no son estáticos, evolucionan junto con las fuerzas productivas y, por tanto, las fuerzas destructivas.

El terror a la muerte no es sólo una intuición de la esencia negativa, de la eliminación de las diferencias, es también un acto positivo de coordinación de fuerzas productivas orientada a la destrucción. La intuición de la violencia tiene una sustancia material, en el que se hace presente la destrucción de la materia física y social, la cancelación de la *poiesis* (ποίησις) natural y humana. Las fuerzas productivas, como precisa Veraza (2012), “son valores de uso de la vida y es sólo como tales que contienen un *telos*, una finalidad, un sentido inmanente. Su carácter orgánico significa que son objetivamente teleológicas”. La técnica revela el comportamiento activo del hombre con respecto a la naturaleza, su finalidad vital o incluso su contraria, pero no es un simple revelar abstracto aislado de sus finalidades como pensaba Heidegger.

El terror como forma de violencia es tanto activo como potencial. Por ejemplo, el terror jugaba una estrategia central en las invasiones mongolas del siglo XIII. En 1211, el Imperio de Corasmia envió una misión para observar la región norte de China que había sido invadida por los mongoles. Al llegar, se percataron que a la distancia había un cerro blanco, el guía de la expedición explicó que este paisaje fúnebre consistía en los huesos de las poblaciones masacradas. Al acercarse a la región, muchos miembros de la misión perecieron a causa del terreno pegajoso bañado en grasa humana y del aire fétido que emanaba de los cuerpos en descomposición. Había sido en esa región, según les informaron, que 60,000 mujeres vírgenes se suicidaron para evitar ser capturadas y violadas por los

mongoles. Años después, los mongoles conquistaron el Imperio de Corasmia y masacraron entre un millón 600 mil a dos millones 400 mil habitantes de la ciudad de Herat (Shelton, 2005).

Esta atrocidad puede ser considerada genocidio bajo la figura jurídica del concepto. Como ya destacado, el genocidio no se limita al momento histórico de los nazis ni tampoco al modo de producción capitalista. Por lo tanto, es importante destacar que así como los nazis no produjeron por sí solos las herramientas para ejercer violencia ni su finalidad contrarrevolucionaria, tampoco inventaron el fundamento de las formas de violencia que utilizaron sobre la población. Los nazis ejecutaron la estrategia política y coordinaron de manera violenta las fuerzas productivas tal como el capital no quería asumir ni perpetrar abiertamente. No fue casual que de las formas de ejercer violencia sobre las masas se desprendiera el recuerdo de una humanidad barbárica no superada y, a su vez, la extrañeza de una humanidad superada a través de sus fuerzas productivas, en particular los medios para la violencia.

Aunque en los campos de concentración nazi se exterminaron al menos 3 millones de personas en menos de 5 años, esta forma de exterminio no fue inventada ni producida solamente por los nazis y no se extinguió con la Alemania Nazi. Por ejemplo, previo a la guerra que Estados Unidos sostuvo contra España por el control de Cuba —intervención que manifestaba las intenciones expansionistas del capital norteamericano— se exterminaron alrededor de 400 mil cubanos en campos de concentración (Leal, 1996). Estos campos de “reconcentración” sintetizaban la brutalidad del colonialismo europeo en el que se habían masacrado a poblaciones indígenas enteras. Como respuesta a la insurrección cubana que luchaba por independizarse de España, el gobierno de la metrópoli reaccionó violentamente

forzando a todas las personas sospechosas de participar en la iniciativa independentista a campos de aislamiento, sobre todo a campesinos que producían los alimentos para la población cubana, lo cual derivó en una severa crisis de producción de medios subsistencia y en la muerte por hambruna de los “reconcentrados” [ilustración 2] (White, 1898).

Pareciera que dicha violencia fuese únicamente una respuesta política de contrainsurgencia que nada tuviese que ver con el capital y el mercado internacional. No obstante, Cuba juega un papel fundamental en la economía política internacional. En sus memorias, Theodore Roosevelt describe la verdadera importancia de Cuba:

Our own direct interests were great, because of the Cuban tobacco and sugar, and especially because of Cuba's relation to the projected Isthmian Canal. But even greater were our interests from the standpoint of humanity. Cuba was at our very doors. It was a dreadful thing for us to sit supinely and watch her death-agony. It was our duty, even more from the standpoint of national honor than from a standpoint of national interest, to stop the devastation and destruction. Because of these considerations I favored war.³

Sin embargo, los Estados Unidos no sólo había apoyado la insurrección cubana antes de la guerra, también sabía de los campos de “reconcentración” desde sus inicios y, de hecho, había enviado a personal del Departamento de Justicia para evaluar la situación (White, 1898) No es accidental que, pese a sus magnánimos intereses, Estados Unidos “permitiera” por varios años los campos de concentración antes de intervenir. Como ya he mencionado, el capital ejerce violencia como medio

³ Nuestros intereses directos [en la isla] eran enormes por el azúcar y el tabaco cubanos, pero en específico por la relación de Cuba con el proyecto del Canal del Istmo [de Panamá]. Pero eran todavía más importantes nuestros intereses desde el punto de vista humanitario. Cuba estaba tocando nuestras puertas. Era una cosa terrible sentarnos sin hacer nada y verla (a Cuba) morir en agonía. Era nuestro deber, más desde el punto de vista del honor nacional que desde el punto de vista del interés nacional, detener la devastación y la destrucción. Por estas consideraciones apoyaba la guerra. (Roosevelt, 1925)

para aplastar a las masas revolucionarias, es decir como violencia contrarrevolucionaria; en Cuba se aterrorizó a la población a través de la escasez de los medios de subsistencia y a través del asesinato de miles de personas. La expansión del capital norteamericano manifestaba su particular interés por Cuba como paso estratégico hacia el Pacífico, como mencionaba Roosevelt. Por lo que era imperante que se aplastara a la insurgencia cubana antes de la intervención norteamericana; primero, porque así ni el capital norteamericano ni el gobierno estadounidense aparecía como responsable de las atrocidades; segundo, porque el genocidio masivo y el terror infligido sobre la población limitarían los esfuerzos insurgentes contra Estados Unidos; y tercero, porque justificaban su intervención *as a beacon of hope*⁴.

Aunque en el plano de la apariencia el gobierno de los Estados Unidos está mistificado como otro actor político con intereses humanitarios —un argumento falaz que ha usado para intervenir violentamente en otros países—, éste no intervino para frenar las atrocidades cometidas a los cubanos. Al contrario, el momento de su intervención es reflejo de una estrategia militar precisa y deliberada que esperaba atenta al debilitamiento de ambas partes para apoderarse, sin resistencia alguna, de lo que Spykman (1944) llamaba el Mediterráneo Americano. De hecho, fue tan breve la duración de la batalla librada, que Roosevelt la llamó *a splendid little war*⁵. No obstante, éste parece haberse olvidado de sus deberes e intereses “humanitarios” en Filipinas en donde fueron masacrados alrededor de 1.4 millones de personas entre 1899 y 1905 a manos del ejército norteamericano (San Juan, 2005).

⁴ Símbolo de esperanza

⁵ Una espléndida guerrita (Bethell, 1998)

Este acto deliberado en el que Estados Unidos actuó como ejecutor de la estrategia política y coordinador de las fuerzas productivas —tal como los nazis pretenderían hacer medio siglo después— ocultó la verdadera participación del capital y la intención del genocidio. Esta estrategia, que seguiría empleando el capital, a través de su forma de Estado, evolucionaría con mayor precisión y sofisticación y es, en sí, una fabricación deliberada de conflictos. Con el desarrollo de las fuerzas productivas en el capitalismo y su constante sed por expandir su dominio, la violencia no sólo aumentó en extensión e intensidad, sino que se sofisticó para ocultar a sus perpetradores y la finalidad a la que está orientada como medio.

La bomba atómica es el fiel reflejo del desarrollo de las fuerzas productivas convertidas en su contrario. Por un lado, intensificó la violencia y acortó el tiempo de destrucción y, por otro, redujo el tamaño del objeto necesario para llevarla a cabo. La explosión causó la desaparición material de una parte considerable de dos ciudades, tanto de los objetos producidos por el ser humano como de los seres humanos mismos (véase la ilustración 3). Las cifras de las muertes y heridos son inciertas dada la naturaleza de las explosiones, en las que un número indefinido de personas fueron vaporizadas instantáneamente; en Hiroshima se estima que 80 mil personas murieron instantáneamente y en total 192 mil; en Nagasaki murieron más de 70 mil instantáneamente (Hall, 2013).

Su uso sobre poblaciones humanas constituyó un acto de genocidio según su figura jurídica pero los Estados Unidos nunca fue juzgado como el perpetrador de los actos. Las bombas como valores de uso de muerte y destrucción representan la culminación de la enajenación del hombre de la naturaleza y de su ser genérico, en la que parece no confrontarse la universalidad del ser humano como sujeto social y la naturaleza como su cuerpo inorgánico. La coordinación de las fuerzas productivas

para producir objetos para la destrucción también implicó la enajenación del producto y del proceso del trabajo y la subsunción formal y real del trabajo al capital. El Proyecto Manhattan, en el que se diseñó y desarrolló la bomba atómica, requirió 2 mil millones de dólares para producir y coordinar las fuerzas necesarias para engendrar dicha tecnología. En un artículo periodístico de 1948, se señalaba que la industria atómica se estaba convirtiendo en la industria más grande de los Estados Unidos; ya había para el momento 60,300 empleos “atómicos” y 3000 empresas contratistas y subcontratistas en la industria atómica. Entre empresas de construcción para las casas, almacenes y laboratorios, desarrollo científico, agrícola, entre otras, parece que el capital había encontrado una fuente de abundancia en una industria bélica destinada al exterminio de masas (U.S. News Staff, 2015).

Resulta interesante que la industria atómica por sí misma no fue la que produjo la “derrama económica” de la que hablan los economistas vulgares con tanta excitación sino la derrama de sangre, el exterminio de millones de vidas y el terror que desembocaría en la llamada Guerra Fría. La diferencia de este producto del capital con respecto a sus otras mercancías es que el producto no es inmediatamente consumo y su finalidad no es el cambio sino la destrucción y el terror. No obstante, con la misma indiferencia en la que se equiparan los trabajos abstractos para obtener las formas sociales del valor, es que se asesina a miles de personas con estos productos, como humanos abstractos, indiferenciados, cifras y saldos; el consumo se convierte no sólo en el contrario de la producción sino en su negación absoluta; el consumo en la forma de la aniquilación de la vida, de toda poiesis física y social.

Se asesinan por igual a todos los sujetos, a los niños que luego son proyectados como simples objetos de indignación por los organismos internacionales, a las

mujeres que son usadas por los programas de las Naciones Unidas para clamar “para ellas” mejores salarios y su plena inserción al modo de producción capitalista (ilustración 4). Todas las personas, todos los sujetos, independientemente de cómo se identifiquen a sí mismos, pueden ser aniquilados por estos productos. La participación del capital en estas atrocidades tiende a complejizarse y la fabricación deliberada de conflictos se desarrolla para ocultar casi por completo a los perpetradores y responsables de las atrocidades. Bajo la figura jurídica de genocidio, la empresa Belga *Union Miniere du Haut Katanga* que era la mayor proveedora de uranio —que además extraían del Congo (Shinkolobwe) — para el Proyecto Manhattan no sería considerada como responsable ni culpable de la atrocidad cometida en Hiroshima y Nagasaki. Aunque la empresa fue en un principio reticente a participar en el proyecto para que éste último no pudiese ser vinculado con el gobierno belga, luego exigió poder utilizar el uranio para sus propios fines bélicos (Jones, 1985).

Según los documentos desclasificados del Departamento de Energía (USDE, 1952), no sólo estaba involucrada la empresa minera antes mencionada en la fabricación y desarrollo de la bomba atómica; entre las muchas otras empresas enmascaradas bajo el velo del Proyecto Manhattan destacan: Carrier, DuPont, Chrysler, General Motors, Ford, Monsanto, Union Carbide & Carbon, Stone and Webster Engineering, General Electric, Standard Oil, entre otras que es imprescindible investigar. Como ya destacado, algunas de estos capitales individuales actuaron “libremente”, produciendo tanto para los nazis como para su supuesto bando contrario. Por ejemplo, Standard Oil y Du Pont produjeron la gasolina para mover los vehículos terrestres y aéreos que habían producido General Motors y Ford tanto para el ejército alemán como el ejército norteamericano y, además, estuvieron involucrados

con la empresa I.G. Farben a lo largo de la guerra y en la construcción de un campo de concentración a su cargo (*The Thistle*, 2001); Chrysler tenía plantas en Alemania; GE estaba coludida con la empresa alemana Krupps (Handel, 2013).

Ninguna de estas empresas fue juzgada por sus crímenes contra la humanidad ni fue siquiera considerada como genocida bajo la figura jurídica del concepto. El capital social y las empresas individuales, fueron disociados de los valores de uso destructivos que produjeron y de su participación en los distintos conflictos, sobre todo en las atrocidades genocidas para las cuales produjeron los medios necesarios para llevarlas a cabo. No se puede acusar a los innumerables de cometer el “crimen sin nombre”. Para Kelly (2012), la expansión del capital internacional no se ha visto reflejada en la evolución jurisprudencial de la figura jurídica del concepto de genocidio; el capital, como la verdadera “voluntad universal real” del Estado Burgués, incluyendo su asociación internacional, ha logrado eludir su responsabilidad y complicidad en las atrocidades cometidas. Ha permanecido impune y es considerado como “persona” sólo cuando es conveniente para su “libertad”; la producción de los medios materiales es disociada hasta el punto en el que se juzga a personas “naturales” individuales por los actos de genocidio, como si un sujeto individual pudiese producir los medios para la violencia que materializan la voluntad real. El requerimiento jurídico que exige demostrar una voluntad irreal en la forma de una intención específica de exterminio es tanto absurdo como complejo; la producción de valores de uso *específicamente* como medios para el ejercicio de la violencia contiene corpórea y objetivamente su finalidad destructiva y, como toda actividad humana, la requerida para producir éstos es “objetivamente teleológica”, no es un acto de imprudencia y negligencia.

Como bien precisa Engels, la violencia es el medio y el beneficio económico es el fin. El uso exclusivamente *específico*⁶ de estos medios —que se evidencia en la imposibilidad o en la ausencia de un uso alternativo en la práctica— es la consumación de su finalidad y, por lo tanto, la expresión objetiva de su realidad como valor de uso. La ejecución de la estrategia política y la coordinación de las fuerzas productivas para que las herramientas para el ejercicio de la violencia lleguen a su destino son enmascaradas por las “libres fuerzas del mercado”, una objetivación de las relaciones sociales en una forma social determinada, un objeto de contemplación morbosa para los economistas vulgares. Por tanto, las empresas son doblemente encubiertas, primero por el aparato estatal y, segundo, por el conjunto de productores y compradores aislados que supuestamente nada tienen que ver uno con el otro más que en el manoseo invisible del mercado. Esto anula del plano de la apariencia la *causa efficiens* del producto, el conjunto de las fuerzas productivas, los medios de producción coordinados para producir valores de uso de muerte y, por lo tanto, disocia al capital individual, al coordinador o propietario inmediato de los medios de producción, de su responsabilidad causal de producir objetos destructivos; se convierte en pura casualidad que los medios para el ejercicio de la violencia hayan llegado a su lugar.

En caso de ser develado, pasa por un primer momento, el Estado. Es decir, retornamos al punto de partida, en el que la responsabilidad de las atrocidades puede ser adjudicada a un gobierno, a un Estado. No obstante, éste es tan solo otro velo que encubre la coordinación de los capitales individuales en la forma del capital social. Por otro lado, el mercado internacional en el cual se enfrentan los capitales

⁶ Es decir que se usa específicamente para algo y excluye a las demás posibilidades de su uso, ya sea por sus cualidades corpóreas que lo impiden o por la ausencia de una práctica que lo utilice de un modo alternativo.

individuales está mistificado como un “ente” neutral, como si fuese un espacio abstracto regido por leyes eternas de intercambio y “fuerzas del mercado” y éstas emanaran de la naturaleza misma. Para la doctrina dominante es imposible cuestionar qué se produce, las empresas aparecen a merced de un dios que lo determina todo y que escucha las plegarias de sus demandantes creaturas en la forma de “preferencias del consumidor”. De este modo el capital individual es disociado de las mercancías que produce, aparece como un productor aislado, neutral, como confrontado ante su señor, el mercado; nunca como responsable de los objetos que contienen de suyo la finalidad de destruir.

El genocidio se complejiza en tanto que la cosa producida, el objeto destructivo, no lleva a cabo la actividad por sí solo, aunque se produzca con el fin de ejercer violencia. Difícilmente las bombas, las armas químicas, el arsenal nuclear, las armas de alto calibre, etc., puedan usarse de forma alternativa al uso destructivo. Por otro lado, la práctica como actividad objetiva del ser humano puede orientar la producción y el producto hacia un fin y un uso *específico* que no pertenece, de suyo, a las propiedades corpóreas de la cosa. Por ejemplo, un machete utilizado como medio de trabajo y como medio de violencia; dicha práctica puede ser provocada por una voluntad externa a la del cuerpo social en cuestión. Si los machetes son utilizados en una región como herramienta para ejercer violencia, es necesario cuestionar la producción del machete y la actividad humana orientada a la violencia, pero, sobre todo, en este modo de producción es preciso abordar la violencia como medio para un fin; es decir, ¿quién fabricó los medios para ejercer violencia? ¿Con qué motivo? ¿Por qué llegaron a ese lugar y por qué la población reacciona con violencia hacia su otro?

Aunque no compete a este ensayo, es importante mencionar que la subsunción real del consumo, como concebida por Veraza, puede someter tan severamente el consumo que aparente ser un medio de subsistencia simple cuando en verdad es nocivo. En otras palabras, a través de la producción de medios de subsistencia se subordina a la población a la reproducción del capital pero, al mismo tiempo, deteriora progresivamente al sujeto en cuanto materia física y social. Por ejemplo, la comida chatarra aunque es comestible es nociva, los cultivos transgénicos aunque cultivables, destruyen la agricultura tradicional. La subsunción real del consumo somete a la población, en particular la más miserable, a su progresivo deterioro y destrucción. Demostrar un acto de genocidio a partir de la figura jurídica de su concepto así como de los criterios de culpabilidad resulta una tarea verdaderamente compleja.

En suma, el genocidio es un acto de terror, de negación de las diferencias y de la posibilidad de las diferencias. Es una coordinación deliberada de las fuerzas productivas no sólo para explotar sino para hacer desaparecer; aunque pueda presentarse como un acto meramente político o de simple violencia, en este modo de producción los medios para cometer dicha atrocidad son producidos por un conjunto de capitales individuales. La reproducción social al estar subordinada al capital, se somete tanto los medios de subsistencia como a los de producción, ambos pueden ser usados en contra de la reproducción social. En el capitalismo, el desarrollo de las fuerzas productivas también determina el grado de violencia que se puede ejercer y, al producir objetos específicamente para la violencia se convierte en su contrario, las fuerzas destructivas. La historia vulgar analiza a los grandes líderes, a los países y sus alianzas nacionales, las etnias, a la "sociedad civil". No obstante, detrás de cada atrocidad hay medios y una finalidad

engendradas por el capital. En la actualidad es preciso investigar las atrocidades desde la producción, tanto de los medios, como de la finalidad y la fabricación deliberada de conflictos. Bajo el velo del Estado se resguardan los capitales individuales y sus intereses; la forma de producir determina la forma política más conveniente para la distribución.

El Estado es, en realidad, el ejecutor de una estrategia política de la “voluntad universal real” del capital y coordinador de las fuerzas productivas orientadas a la destrucción. El fascismo debe entenderse como una violencia contrarrevolucionaria y el exterminio de masas el nivel más atroz de esa violencia. Ante el terror de su antítesis, las masas revolucionarias, el capital reacciona violentamente, responde coordinando los medios para ejercer violencia, para aterrorizar a la población, produce, además, fuerzas destructivas capaces de destruir toda realidad humana. El fascismo se presenta como una forma de gobierno autoritaria, dictatorial y nacionalista pero ésta es tan sólo su corteza, la vía política que probó ser más conveniente para ejecutar la “voluntad” del capital. En esencia, el fascismo es una respuesta violenta del capital, encubierto por su forma de Estado; puede incluso manifestarse en países supuestamente democráticos, como en los Estados Unidos. Así como el genocidio debe ser investigado desde la producción y desde su fundamento material, el fascismo debe ser investigado como una relación y una respuesta específica del capital social, es decir, desde sus relaciones materiales. Durante el fascismo alemán, las empresas norteamericanas produjeron medios materiales para la violencia tanto para los Estados Unidos como para Alemania. Esta reacción y comportamiento subsiste en la actualidad y se evidencia con la guerra en Siria e Irak por el petróleo, en Filipinas con Duterte, en Turquía con Erdogan, en Estados Unidos con Trump, entre muchas otras. Detrás de toda esta fachada Estatal,

el capital esconde sus acciones y sus intenciones. Aunque el fascismo aparezca como una monstruosidad superada, se nos asoma un espectro de aquél, una monstruosidad que permanece y que nos ha superado a todos.

Bibliografía

Bambery, C. (2014). *Historia marxista de la segunda guerra mundial*. Barcelona: Ediciones de Pasado y Presente

Bethell, J. (1998). "A Splendid Little War" en *Harvard Magazine*. Boston: Harvard University Press. Disponible en internet: <<http://harvardmagazine.com/1998/11/war.html>> [Última Consulta: 18/05/2017]

Churchill, W. (1941). *Prime minister Winston Churchill's broadcast to the world about the meeting with president Roosevelt* en The Public's Library and Digital Archive, Ibiblio. Mensaje radiofónico público transmitido en Reino Unido el 24 de Agosto de 1941. Disponible en internet: <<https://www.ibiblio.org/pha/timeline/410824awp.html>> [Última Consulta: 18/05/2017]

Dedijer, V. (1969). *Tribunal Russell. Sesiones de Esticikni y Riskilde*. Madrid: Siglo XXI Editores

Engels, F. (1986). *Obras Filosóficas*. México: Fondo de Cultura Económica

Glucksmann, A. (1975). *El viejo y el nuevo fascismo*. México: Ediciones Era

Green, E. (2014). "Ghosts of Agent Orange: The notorious defoliant continues to ravage generations of Vietnamese" en Street Roots News. Portland, 10 de mayo de 2014. Disponible en internet: <<http://news.streetroots.org/2014/05/10/ghosts-agent-orange-notorious-defoliant-continues-ravage-generations-vietnamese>> [Última consulta 18/05/2017]

Hall, M. (2013). "By the Numbers: World War II's atomic bombs" en CNN Library. Atlanta, 6 de Agosto de 2013. Disponible en internet: <<http://edition.cnn.com/2013/08/06/world/asia/btn-atomic-bombs/>> [Última consulta: 18/05/2017]

Handel, P. (2013). "Another Big Story the Mainstream Media Missed: GE-Krupp Conspiracy Trial of '47". *Truthout*, 27 de abril de 2013. Disponible en Internet: <<http://www.truth-out.org/news/item/15892-another-one-the-msm-missed-ge-krupp-conspiracy-trial-of-47>> [Última consulta: 20/05/2017].

Hegel, G. (1978). *Fenomenología del Espíritu*. México: Fondo de Cultura Económica

Jones, V. (1985). *Manhattan, the Army and the Atomic bomb*. Washington D.C.: Center of Military History, U.S. Army. Disponible en internet: <<https://archive.org/details/manhattanarmyato00jone>>

Kelly, M. J. (2012). "Prosecuting Corporations for Genocide under International Law". *Harvard Law and Policy Review*. v. 6, n. 2, pp. 339-367. Disponible en Internet:

<<http://harvardlpr.com/wp-content/uploads/2013/06/Prosecuting-Corporations-for-Genocide-Under-International-Law.pdf>> [Última consulta: 20/05/2017].

Leal, M. (1996). "La política de reconcentración de Weyler". Extracto de un capítulo de la ponencia expuesta en la III conferencia de historia en la Universidad de la Habana. La Habana, 1996. Disponible en Internet:

<<http://www.mgar.net/cuba/weyler2.htm>> [Última Consulta 18/05/2017]

Massey, R. (2016). "German car giant BMW apologises for its wartime past, admitting its 'profound regret' for supplying Nazis with vehicles and using slave labourers" en *DailyMail.com*. Londres, 7 de marzo de 2016. Disponible en internet:

<<http://www.dailymail.co.uk/news/article-3480258/German-car-giant-BMW-apologises-wartime-past-admitting-profound-regret-supplying-Nazis-vehicles-using-slave-labourers.html>> [Última consulta 18/05/2017]

Marx, K. (1977). *Líneas Fundamentales de la Crítica de la Economía Política (Grundrisse)*. Primera Mitad. Barcelona: Grupo Editorial Grijalbo

Marx, K. (1982). *Escritos de Juventud*. México: FCE

Reich, W. (1980). *Psicología de Masas del Fascismo*. Barcelona: Editorial Bruguera

Roosevelt, T. (1925). *Theodore Roosevelt: an autobiography*. New York: Charles Scribner's Sons. Disponible en internet: <<http://www.theodore-roosevelt.com/images/research/worksoftheodoreroosevelt/TRMEMORIALWORKS22.pdf>>

San Juan, E. (2005). "U.S. Genocide in the Philippines: A Case of Guilt, Shame, or Amnesia?" en Way Back Machine. Disponible en Internet:

<<https://web.archive.org/web/20130502190847/http://www.selvesandothers.org/article9315.html>> [Última consulta 18/05/2017]

Sánchez, A. (1980). *Filosofía de la Praxis*. México: Grijalbo, S.A.

Shelton, D. (2005). *Encyclopedia of genocide and crimes against humanity* (Vol. 2). Detroit, MI: Thomson/Gale.

Spykman, N. (1944). *Estados Unidos frente al mundo*. México: Fondo de Cultura Económica

The Thistle (2001). "A People's History of the United States". v. 13, n. 2, diciembre de 2000-enero de 2001. Disponible en Internet:

<<http://web.mit.edu/thistle/www/v13/3/oil.html>> [Última consulta: 20/05/2017].

United States Department of Energy (USDE) (1952). *Manhattan District History*. Book 1, v. 1. Disponible en Internet:

<https://www.osti.gov/opennet/manhattan_district.jsp> [Última consulta: 20/05/2017].

U.S News Staff. (2015). "The Cost of Building Atom Industry" en *U.S. News & World Report*. Washington D.C., 27 de Febrero de 1948. Disponible en internet: <<https://www.usnews.com/news/special-reports/the-manhattan-project/articles/2015/09/28/the-cost-of-building-atom-industry>> [Última consulta en: 18/05/2017]

Veraza, J. (2012). *Karl Marx y la técnica desde la perspectiva de la vida*. México: Editorial Itaca

White, T. (1898). *Our war with Spain for Cuba's Freedom*. Chicago: Monarch Book Company. Disponible en Internet en: <<https://archive.org/details/ourwarwithspainf01whit>> [Última Consulta 18/05/2017]

Anexo

Ilustración 1.



Ilustración 1.1 Devastación ambiental causada por el Agente Naranja (Antes y Después)



2 1.2 Deformaciones congénitas causadas por la exposición al Agente Naranja



1.3 El terror de los niños al momento de rociar los campos con el Agente Naranja

Ilustración 2.

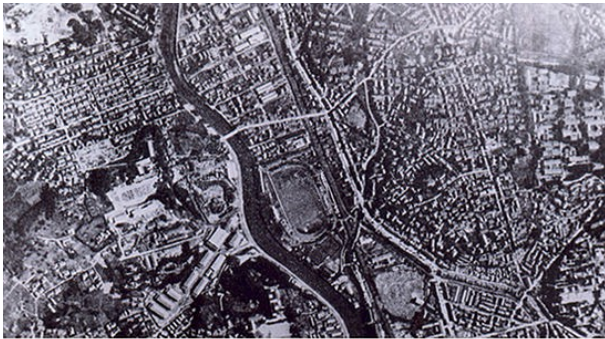


2.1 Montaña de restos humanos (análogo al cerro de cuerpos de los mongoles)

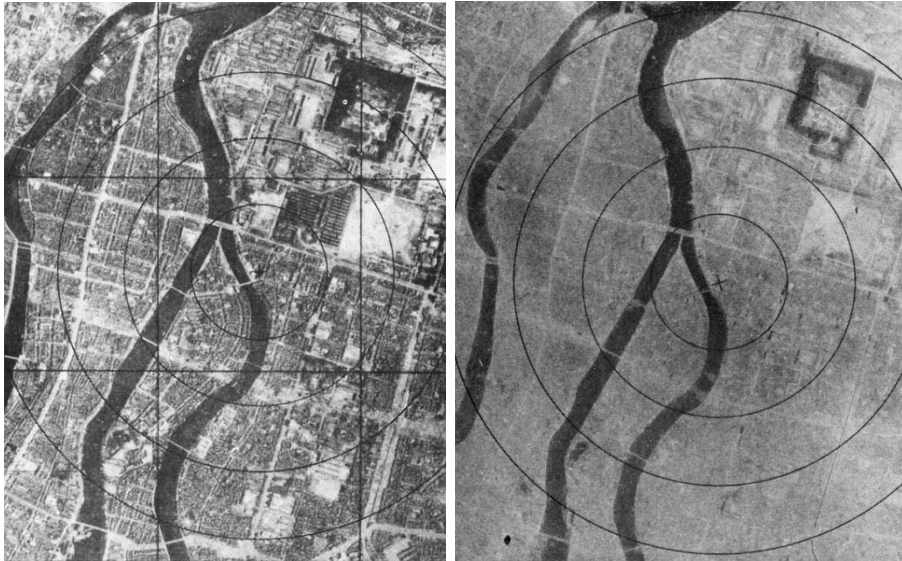


2.2 Restos humanos en un campo de concentración Nazi

Ilustración 3



3.1 Nagasaki antes y después de la bomba atómica



3.2 Hiroshima antes y después de la bomba atómica



3.3 Vista aérea de la nube producto de la explosión sobre Hiroshima

Ilustración 4



4.1 Un niño y una mujer calcinados por las bombas atómicas



4.2 Niños masacrados en Sabra y Shatila



4.3 Niños Sirios masacrados



4.4 Miembros del Einsatzgruppe asesinando a mujeres y niños judíos